riendo; que un momento se abriesen para mirar hacia el pasado y después se cerrasen de frio; parecían ánimas de flores, ánimas que un momento abriesen los ojos, llorasen y volviesen a cerrarlos a la sombra de los árboles.

Si aun quieres ver, ¡oh poeta! estas últimas flores y estos últimos jardines, no tardes, que pronto se habrán desvanecido. Los unos ya están deshojados, a los otros los disfrazan con vestidos modernos, muchos los arrancan de raiz, los más se van tornando llanuras de prosa como la llanura que los rodea.

Ve pronto a ellos, que en ninguna parte podrás soñar a mejor sombra; ve, si quieres contagiarte un momento de aquella tristeza adormecida que te hace entornar el pensamiento para poder soñar un rato más; que te da deseos de hacer versos y de borrarlos como se borran los versos hechos de jardines; que te da deseo de abrazar las formas que se desvanecen, y las figuras que caen, y las grandezas que mueren. Ve a ellos, poeta, si quieres escuchar a la poesía un buen momento de la vida.

SANTIAGO RUSIÑOL

Jardín junto a la via

Santiago Rusiñol ha pintado los jardines de España: lo ha hecho con un arte delicado y amoroso. Ha pintado las alamedas de Aranjuez—por las que pasara, no mucho antes de morir, Espronceda, con su faz pálida, sus bucles ébano y su ancha chorrera de encaje;—los cármenes del Generalife, con su cielo translúcido, sus cipreses, y al pie de los cipreses los rosales tupidos, de los que, en silencio, suavemente, caen los pétalos lacios; los viejos jardines de los caserones castellanos, jardines abandonados, que tienen en el fondo un palacio con los cristales rotos, con las puertas cerradas... De todos los jardines, huertos y cortinales de España, si en este minuto de evocación, trato de preferir alguno, a mi memoria acude la visión de un jardín situado junto a los rieles de un ferrocarril. Es en un rincón de Castilla, muy lejos de Madrid; desde un altozano se columbra la ciudad; dos o tres campanarios destacan en el azul. Al pie de la loma se levanta una casa rodeada de un extenso huerto. Cierran el huerto unos tapiales. De la ciudad sólo llegan aquí los campaneos lejanos —suaves—de sus iglesias. Dentro, en el jardín, los arriates y platabandas no han sido tocados ha largo tiempo. En una estancia de la casa todo está igual —con una cama deshecha—como hace ocho o diez años, cuando aquí acabó lentamente una vida. En el otoño, en la primavera, los rosales se cubren de flor; una dulce fragancia llena el ambiente. De tarde en tarde pasa rozando las tapias del jardín un tren. Unos marchan pesados, lentos; otros pasan raudos, vertiginosos. Si es de noche, un resplandor súbito se cuela por el varillaje de la puerta. Seres humanos cruzan en esos trenes arriba y abajo. Con ellos van afanes, tristezas, deseos, amarguras. Aquí todo está en silencio, todo reposa

con una paz profunda. La casa se halla cerrada y desierta. Un silbido agudo rasga los aires; en el jardín, silencioso, abandonado, de los rosales caen ajados los pétalos.

¡Oh, Santiago Rusiñol, dilecto amigo! Habéis pintado los jardines de España: los de Granada, los de Aranjuez, los de Castilla. Un tinte de vaga melancolía hay en vuestros jardines. Pero ninguno de vuestros espléndidos jardines, tan triste, tan de nuestro pueblo castellano, como este jardín perdido entre las lomas de Castilla, todo reposo, todo silencio, todo muerte, junto a cuyas tapias pasa vertiginosa y febril la vida.

AZORÍN

Oración en el jardín

Yo me quiero morir, como se muere
todos los años el jardín, y luego
renacer de igual modo que renace
todos los años el jardín. Se han ido
los pájaros; volaron en pos de ellos
las hojas, pero no tenían alas.
No me quiero morir como las hojas,
ni quiero ser el árbol de perenne
verdor adusto, ni el arbusto dócil
cortado en seto, sino el árbol libre,
desnudo atleta que en el suelo ahinca
las fuertes plantas y en el aire tuerce
los recios brazos: no el verdor eterno,
sino la fronda renovada, el fruto
cuando el año lo envíe. Aquí me tienes,
Señor, desnudo como el árbol. Dame
tu bautismo de lluvias y tu crisma
de sol, y dame vestiduras nuevas,
inmaculadas. El jardín de invierno
callado está: mi corazón callado.
Habla tú; luego, vísteme de hojas.
Algo de tus palabras, al moverse,
repetirán, como inspiradas lenguas.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Año sentimental

Reverdece

Rama triste
Retorcida en tu dolor,
Ya primavera, te viste
De verdor
Abril perfumado avanza,
Vuelve el pájaro cantor
Y es color de la esperanza
Tu color.

Mayo que fué

Oh, cuán breve primavera.
Ayer era,
Y no es ya:
Fué la dicha pasajera
Que se va...
Fué lo porvenir soñado
Que, casi sin ser presente,
Brevemente
Es pasado.

Calma estival

En el agua tranquila y transparente
Está el color dormido,
Y reposa el sonido
En la calma infinita del ambiente.

Ni una voz ni un rumor. Sólo se siente,
Como tenue latido,
El palpitar de alas en el nido
Y el correr silencioso de la fuente.

Hay una sensación de paz y olvido
En el bosque y el mar: plácidamente
La realidad se esfuma, y sólo deja
Algo que como en sueños la asemeja:
Es la fuente un murmullo,
Es el nido un arrullo,
Y la mar una queja.

Caen las hojas...

No escribas de los campos. Sólo viste
En sus pardas llanuras el madroño,
Que sol, y cierzo, y aridez resiste.
En las tierras feraces no seguiste
El proceso del brote y el retoño,
Y no puedes saber cómo el otoño
Es en los campos hondamente triste.

En la pompa que sueñas, en la roja
Coloración en que se ve teñida
La selva verde ayer, hay la congoja
Y el temblor de la eterna despedida:
En cada hoja
Que vuela por los aires desprendida
Del árbol secular, cae una vida...

FRANCISCO A. DE ICAZA